

El fiscal de la Audiencia de Beaumont estaba en su despacho del palacio de justicia, apoyado en la gran chimenea de piedra en que está incrustado el retrato del canciller Merinville, rival de Harlay, y hablando con monseñor Esperandieu. El venerable obispo había ido á visitar al señor Goussard, su amigo de la infancia, y el fiscal y el prelado estaban discutiendo las fases probables y las posibles consecuencias del proceso Lefrançois.

— Puedes comprender, amigo mío, decía el señor Goussard, que en un conflicto tan deplorable entre la autoridad judicial y la influencia eclesiástica, el gobierno no puede vacilar, sean las que quiera sus opiniones. Nuestro ministro de Gracia y Justicia es un jacobino, pero es al mismo tiempo un ministro y no se puede imaginar lo pronto que un revolucionario se hace conser-

vador en el poder. Sabe que si no persigue, sus enemigos políticos le interpelarán en la cámara, bajo la presión de los periódicos radicales, que han comenzado ya una campaña contra el que ellos llaman el *cura asesino*. Los diarios de la provincia y los de París exhiben ese rótulo en grandes letras en todos los puestos públicos. Calcula si eso es cómodo para el ministerio. Si persigue, entonces se oirá otra canción y todos los periódicos reaccionarios dirán pestes del que llamarán « in-noble librepensador »; invocarán al cielo, atacarán á los masones y dirán que el materialismo pierde á la Francia y que el Papa tiene la culpa por sus concesiones al régimen democrático.

— Pero ¿y la justicia?... interrumpió el obispo con alguna impaciencia. Me hablas de política y te fijas en las contrariedades del ministro, cuando sería tiempo de pensar en las angustias del padre Daniel, acusado injustamente.

— ¡Oh! Injustamente...

— ¿Crees que es un asesino?

— No.

— ¿Le crees cómplice del culpable?

— Eso es otra cosa.

— ¿Qué interés tenía en la desaparición de Lefrançois?

— Ninguno.

— Entonces ¿para qué se había de comprometer?

— Si yo supiera eso; tendría el hilo del asunto y podría prender al autor del crimen.

— ¿Pero es un crimen?

— Júzgalo tú mismo. La declaración rudimentaria, incompleta, pero formal, de la víctima, dice: « Asesinado »... y añade en seguida: « El cura »...

— ¡Eso es insensato!

— No, no es insensato; es verdad y, lo que es peor, es verosímil.

— Explicate.

El fiscal se sentó ante su mesa de despacho y dijo echando al obispo una fina mirada:

— Los magistrados sabemos casi siempre si un acusado es inocente ó culpable, pero desgraciadamente no siempre podemos probarlo. Por eso quedan tantos crímenes impunes y hay tan pocos errores judiciales. Se hace mucho ruido por algunas condenas que ha sido preciso modificar por haberse demostrado que el sentenciado era inocente, pero observa que nunca ha podido imputarse el error ni á falta de criterio de los jueces ni á la ceguera del jurado. Siempre ha habido declaraciones falsas que han extraviado á la justicia. El error, por consecuencia, aun siendo muy raro, es imputable á la maldad de los hombres y no á insuficiencia de los jueces. Siempre que se pone un acusado en manos de un juez de instruc-

ción, puedes estar seguro de que el magistrado penetra en los más íntimos repliegues de la conciencia de aquel hombre, y sabe si es culpable ó inocente. Cuando le deja libre sabiendo que es culpable, lo que ocurre con frecuencia, es porque no tiene medios para corroborar con pruebas materiales su convencimiento moral. Pues bien, en el asunto que nos ocupa no hay duda posible; el cura es inocente, pero conoce al culpable y le ha ayudado, si no á cometer el crimen, á disimularlo. Es por tanto un cómplice. No solamente es este el convencimiento del juez Hubert, excelente magistrado, aunque un poco minucioso y enredador, sino también el del fiscal del juzgado y el mío. El padre Daniel sabe la verdad y tiene la clave de un asunto muy delicado para la justicia y muy molesto para el gobierno, porque es consecuencia de la agitación electoral. Es, pues, preciso que nos dé esa clave y que tú le animes á ello. Para eso te he rogado que vinieses á hablar conmigo, no como jefe del clero de la diócesis, sino como amigo y en interés de todos.

El obispo bajó la cabeza y dijo, después de un momento de reflexión:

— Me hablas mucho de vuestras contrariedades y de vuestros peligros y te muestras expansivo y tierno, pero permaneces muy firme en la cuestión principal y más importante, que es la complicidad

que atribuyes al cura. Dices que es verdad y verosímil; te pregunto el porqué y te extiendes en consideraciones más ó menos admisibles sobre la infalibilidad de los jueces de instrucción y sobre la penetración de los fiscales. No pretendo oponerme á esos elogios, pero quisiera saber cómo puedes estar seguro de lo que afirmas... Vamos á ver, descúbreme un poco las artimañas de tu lazo para cazar criminales; enséñame el secreto de tu profesión de defensor de la inocencia. Cuéntame lo que sabes. Estoy muy deseoso de participar de tu convicción.

— ¡Ah! ¡Sacerdote malicioso! dijo riendo el fiscal; no eres fácil de manejar y te muestras tan astuto como un juez viejo en el oficio... ¡Bueno! Puesto que es absolutamente preciso darte datos, voy á complacerte... Ya te he dicho que el cura de Favieres ha sido designado claramente por la víctima, no como asesino, sino como el que podía hacerle descubrir. La actitud de Lefrançois en los últimos momentos de su vida prueba hasta la evidencia que sus sentimientos de odio habían desaparecido, que no quería ya mal al padre Daniel y que, por el contrario, si hubiera podido confiarse á él le hubiera encargado de sus disposiciones últimas. El juez instructor no se ha engañado en esto, y si el cura hubiera respondido á las preguntas que se le hicieron en las primeras diligen-

cias, hubiera salido salvo de esta prueba, que puede hacerse muy peligrosa para él á causa de la excitación que agita los espíritus.

— ¿Pero cómo explicar que el cura de Favieres, que estaba en Maisoncelle á la hora misma en que probablemente se cometió el crimen, si le hubo, haya podido intervenir, ni como testigo, en este misterioso asunto?

— Querido amigo, Lefrançois no ha sido herido en su casa. La policía, por insuficiente que sea, trabaja hace tres días y ha descubierto indicios que no puedo revelarte, porque también nosotros tenemos nuestro secreto profesional, y que no dejan la menor duda sobre ese punto. Así, pues, el padre Daniel intervino de un modo ó de otro, pues eso falta dilucidarlo, en ese drama al volver de Maisoncelle, á eso de las doce. Probablemente ayudó á transportar el cuerpo de la víctima hasta el castillo. ¿Lo hizo por interés ó por humanidad? Eso ya lo sabremos, pero lo cierto es que él entró esa noche en Fresqueville. ¿Qué iba á hacer allí? ¿Por qué se marchó? ¿Por qué se niega á responder? Pretende que se lo impide el secreto de la confesión. ¿Á quién ha confesado? ¿Al asesino ó á la víctima?

— Al asesino, seguramente, porque de otro modo no vacilaría en denunciarle.

— ¿Lo crees así? dijo con ironía el magistrado. ¿Aun siendo una mujer?

— ¡Una mujer!

— Sí, la encantadora señora de Lefrançois, por ejemplo. Ya sabes que en otro tiempo estuvo para casarse con ella y la amó con pasión. ¿No ves en el mutismo del cura una muestra de generosidad sublime? No dirás que le trato mal. Sorprendió á la joven, conoce todas las particularidades del crimen, se ve acusado y consiente en perderse para dar una gran idea de su carácter á la que fué causa de su desesperación. Acaso haya en todo esto mucha ostentación humana y veo en tu fisonomía que ese heroísmo sentimental no te agrada y rebaja notablemente á tus ojos á ese sacerdote. No olvides, por otra parte, que se trata de simples hipótesis. Pero todo esto que digo no está muy lejos de la verdad y es probablemente una parte de ella. En mi tiempo, cuando yo defendía á los malvados en vez de acusarles, hubiera sacado gran partido, en todo caso, de la actitud del cura.

El obispo no pareció apreciar la concesión que le hacía su antiguo amigo, y adoptó una actitud reflexiva. La intervención en este asunto de la mujer de Lefrançois le ponía muy en cuidado, pues podía prestarse á comentarios muy desagradables para el cura de Favières. Veía que aquel era el punto vulnerable del padre Daniel, y para el obispo no se trataba de defender á un sacerdote, sino al

clero entero, á quien la maldad humana hacía, como siempre, solidario de uno de sus miembros.

— ¿Pero por qué haces intervenir á la señora de Lefrançois en el asunto? ¿Qué interés tenía ella en deshacerse de un marido con el que vivía en buen acuerdo y que soportaba todos sus caprichos?

El magistrado miró tranquilamente á su interlocutor y respondió estas palabras:

— Es la heredera.

— Aquí tenemos, dijo el prelado, el *fecit cui prodest* en todo su rigor. Hereda, luego tenía interés en matar. Pero el pobre cura de Favières ¿qué razón tiene para perderse, fuera de las consideraciones de un orden puramente sentimental que acabas de desarrollar?

— Hay una capital, decisiva y de tal modo poderosa que hasta me parece inverosímil. La viuda de Lefrançois, antes del entierro de su marido, hizo ayer llamar al alguacil encargado de ejecutar al padre Daniel y le ha dado orden de enviar al cura recibo de los cuarenta y dos mil francos.

— ¿Recibo? repitió el obispo.

— Recibo, sencillamente. ¿Qué dices á esto? Si no es esa una manera generosa de recompensar un servicio, es un medio diabólico para comprometerle.

El obispo no pudo dominar su agitación al oír

esta última y capital noticia. Se levantó, dió unos cuantos pasos apresurados por el despacho del fiscal, y dijo en alta voz, sin cuidado alguno de ser oído :

— ¡ Ese desgraciado es víctima de una odiosa maquinación ! Estoy seguro. Sí, la verdad se me presenta clara. Ha caído en un lazo y no podrá salir de él si se le deja solo. Es muy sencillo. Haga lo que quiera en este momento, todo se volverá contra él. Si se calla, será la ejecución de un repugnante trato ; si habla será una infame ingratitud. Ricardo tiene razón, ese pobre cura es presa de unos enemigos contra los cuales no puede luchar.

Volvió á acercarse al fiscal que, apoyado en su mesa con la barbilla sobre la mano, le miraba con inteligente paciencia, y dijo sentándose á su lado :

— Querido amigo, no te hago la injuria de pensar que me has mandado llamar para obtener de mí revelaciones útiles para tu causa. Sé que en un asunto como éste existe el interés de la verdad y el interés de los hombres de justicia y que esos dos intereses no están siempre de acuerdo, digas lo que quieras. Te estimo bastante, sin embargo, para estar seguro de que no te preocupas más que de la verdad.

— Sí, dijo con firmeza el fiscal. Ayúdame á ponerla en claro.

— Lo haré, en cuanto de mí dependa. Pero necesito para eso que me dejes ver al padre Daniel.

— Está incomunicado.

— Te doy mi palabra de no revelarle lo más mínimo de lo que me has dicho.

El magistrado sonrió :

— Tranquilízate ; no te he dicho más de lo que tú puedes repetir.

— ¡ Cómo ! dijo el obispo asombrado. ¿ Eres magistrado hasta cuando puedes no serlo ?

— Creo que me sería ya imposible no serlo, tan hecha está mi costumbre. Lo soy cuando hablo, cuando como, cuando me paseo y hasta cuando duermo, porque suelo soñar con los asuntos que me preocupan. Esas pesadillas son un desquite de la naturaleza. ¿ Quieres ver á tu cura ? Le verás.

— ¿ Cuándo ?

— Inmediatamente.

— ¿ Dónde ?

— Aquí. No pensarás que voy á hacerte ir á la cárcel.

El fiscal tocó un timbre y apareció un dependiente del juzgado.

— Ruego á usted que dé orden de conducir al cura de Favieres á mi despacho. Que los guardias se queden en la antesala y entre él solo.

El empleado se inclinó y salió.

— Es asunto de unos minutos. El juzgado comunica con la prisión por la escalera interior, dijo el fiscal.

El obispo no respondió. Parecía sumido en una profunda meditación, que su amigo respetó. Un ruido de pasos recordó al prelado la realidad. Miró al fiscal y éste le dijo levantándose :

— Sí, es el cura. Voy á dar orden de que entre y te dejo solo con él. Podéis hablar libremente, seguros de que nadie os escucha.

Salió y el obispo permaneció sentado, de espalda á la puerta. Un roce de tela y una respiración entrecortada le advirtieron que el padre Daniel había entrado. Se inclinó un poco y vió de pie junto á la puerta al cura de Favieres que esperaba en actitud respetuosa, pero sin humildad. Su pálida y enjuta fisonomía había adelgazado y palidificado más aún. Sus tristes ojos eran los de una víctima y la dolorosa sonrisa de su boca demostraba el rigor de la prueba que estaba sufriendo.

— Aproxímese usted, hijo mío, dijo con dulzura el obispo, y siéntese á mi lado.

— No, Monseñor, no debo hacerlo, respondió el cura moviendo la cabeza. Soy acusado y mientras no se proclame mi inocencia tiene vuestra Ilustrísima el derecho de creerme indigno. Mi puesto es de rodillas...

Se inclinó delante de su pastor, pero éste le levantó y le dijo con autoridad :

— Yo creo en la inocencia de usted. Jamás la he puesto en duda y vengo á traerle el socorro de

mi autoridad moral y á ayudarle á defenderse.

— ¡Ay! Monseñor, ¿ cómo hacerlo? La red en que me han envuelto está apretada muy hábilmente. Podría romperla con una palabra, pero mis enemigos saben que no la pronunciaré.

— ¿Se lo impide á usted, como ha dicho, el secreto de la confesión?

— No, señor.

— ¡Entonces!...

— La mordaza que tengo en los labios es igualmente sólida. No me callo por deber religioso sino por deber de honor. No es el sacerdote el comprometido, sino el hombre. Pero es tan firme el uno como el otro.

— ¿Conoce usted, entonces, al culpable?

— Sí, señor.

— ¿Quiere usted decirme su nombre, á mí, su superior y ligado por el mismo deber?

— Si vuestra Ilustrísima lo exige, obedeceré. Pero le suplico que no me obligue á ello.

— Bueno, respeto los escrúpulos de usted, pero le pido que reflexione sobre las consecuencias de su determinación. Se sacrifica usted por unos desgraciados que saben que le pierden y no hacen nada para salvarle.

— No pueden hacer nada.

— Pueden denunciarse y proclamar la inocencia de usted

— Si lo hicieran poseerían virtudes sobre-humanas.

— ¡Pero las exigen de usted!

— Tienen razón. Yo soy sacerdote y debo dar ejemplo. Ellos no son más que unas pobres criaturas extraviadas. Los compadezco...

— ¡Y los salva usted!

— Espero lograrlo.

— Al precio de la libertad, de la honra, del porvenir.

— Al precio que Dios quiera hacerme pagar su salvación.

— ¿Pero qué le han hecho á usted para merecer tanta adhesión?

— Nada más que daño.

El obispo miró un momento al cura de Favieres y después fué lentamente hacia él y le estrechó con ternura contra su corazón. En seguida le obligó á inclinarse y dijo poniendo su blanca mano sobre la cabeza del sacerdote :

— Reciba usted mi bendición, hijo mío; es usted un santo.

El corazón del padre Daniel se enterneció, y el desgraciado que había sufrido sin debilidad los ultrajes de sus enemigos, las quejas de su madre, la vergüenza de la prisión y los interrogatorios de los jueces, se hizo hombre ante la consoladora aprobación de su superior, y arrodillado y con la

cara entre las manos, prorrumpió en sollozos y lloró larga y deliciosamente. El obispo respetó aquella crisis cuya dulzura adivinaba, y en cuanto vió que el cura volvía á tranquilizarse, le habló el lenguaje de la razón :

— Si usted estuviera solo, querido hijo mío, aprobaría enteramente su conducta, que es admirable y digna de un pastor de almas. La persecución que usted sufre le engrandece á mis ojos y no puedo imaginar nada más noble que sus proyectos. Pero usted pertenece á un cuerpo cuyos miembros son responsables unos de otros. La gloria de uno recae sobre los demás, pero también la infamia. Sé muy bien toda la grandeza que nos promete su heroísmo y toda la autoridad que nos prepara para el día en que se reconozca la inocencia de usted. Ese día vendrá, pero hasta entonces, ¡ cuánto daño nos hace este escándalo ! Reflexione usted, hijo mío, y vea si hay algún medio de abreviarlo. No le pido que falte al deber que se ha impuesto tan noblemente, sino que vea si hay alguna circunstancia de la que podamos sacar partido para sustraer á usted lo antes posible á las persecuciones desoladoras que tanta alegría causan á nuestros adversarios y tanto dolor á nuestros amigos. Juzgue usted el caso; estudie los medios, ayúdese á sí mismo para que el Señor le ayude. El interés de todo un orden

exige la pronta absolución de usted. ¿No podría yo dar algún paso que produjera ese dichoso resultado? Dispongo de algunas influencias y acaso fuera posible conseguir que la verdad se abriera paso sin que usted desistiera de su hermosa abnegación y de su rara virtud. Los jueces lo desean, porque están, no puede ocultarse, muy perplejos, viendo á usted enfrente de ellos. No saben resistir á lo que ellos llaman la opinión pública y no es sino el clamoreo de una baja demagogia; pero si se les ofreciera un medio de orientar de otra manera el negocio se apresurarían á poner á usted en libertad y nuestro triunfo entonces sería completo. Bueno es servir la causa de la humanidad, pero no se debe comprometer la de la Iglesia.

— Todo lo que me dice vuestra Ilustrísima me lo he dicho yo mismo y me he acusado amargamente por las dificultades que le proporciono. Pero en la confusión de mi pensamiento no he encontrado ningún argumento que concilie las cosas. No puedo, pues, proponer á vuestra Ilustrísima más que un medio: abandonarme.

El prelado se ruborizó, levantó la cabeza y dijo con voz temblorosa:

— ¿Abandonarle? ¿Renegar de usted? ¿Habrá quien me crea capaz? Si no se tratara más que de mí no hubiera pensado sino en apoyarle públicamente. Pero usted me hace volver á mi propio

ser. He calculado demasiado en un asunto en que no hay más que seguir los impulsos de mi corazón. Voy á hacer saber que mañana digo la misa en la catedral para pedir al cielo que se reconozca la inocencia de usted. Suceda lo que quiera tomo partido por usted. Si se nos hace la guerra, la sostendremos.

— Yo no valgo lo que vuestra Ilustrísima va á arriesgar por mí.

— No puede usted ser juez en eso.

— Si vuestra Ilustrísima quiere dulcificar mi suerte, tenga lástima de mi pobre madre que llora en la puerta de la prisión sin lograr verme.

— Voy á llamarla al palacio para consolarla y honrarla como ella merece.

— ¿Tendré le alegría de volver á ver á vuestra Ilustrísima? Los momentos que he pasado á su lado me han refrescado el pensamiento y apaciguado el corazón.

— Volveré mañana si los jueces lo permiten.

— ¡Oh! ¡Gracias! Vuestra Ilustrísima me devuelve la seguridad y la fuerza.

El obispo se aproximó al sacerdote y le dijo con una mirada llena de dulzura:

— Vaya usted, hijo mío; vuélvase á su cárcel. Le envidio la gloria de estar en ella por tan noble causa. No me olvide usted en sus oraciones.

El pobre cura de pueblo juntó las manos con



reconocimiento é inclinándose ante quien así engrandecía su humildad, salió del despacho. Detrás de él entró el señor Goussard, estudió con una mirada la fisonomía de su amigo y dijo al verle emocionado y triste :

— ¿No has obtenido nada?

— Nada.

— ¿Se niega á hablar?

— No, pero me ha rogado que no le obligue á ello.

— No hay para qué preguntarte si le crees inocente.

— Tú mismo te convencerás dentro de poco.

— ¿Nos facilitará él la tarea?

— De ningún modo.

— Lo suponía.

— ¿Qué vas á hacer?

— Buscar las pruebas que él no quiere darnos.

— ¿Hacia qué lado?

— Eso concierne al juez de instrucción. Pero no tengas cuidado; no hay necesidad de estimularle. Sospecha ya que ha sido burlado por la hermosa viuda y no tendrá consideraciones.

— ¡Un gran escándalo!

— Peor para ella.

— ¿No se podría evitarlo?

— Lo dudo. Tenemos que habérmolas con una persona lista y prudente y al mismo tiempo muy

atrevida y será difícil vigilarla. En Beaumont hubiera sido fácil; con dos agentes constantes á la puerta de su casa hubiéramos sabido cuanto hubiéramos necesitado. Pero ayer fué á instalarse en Orcimont, la finca de Lefrançois en que vive el padre de la viuda. Nada más correcto que este modo de portarse. Se refugia al lado de su padre para pasar el luto retirada en el campo, y así rompe toda relación con Fresqueville y anula la cooperación que la gente del país podría prestarnos. ¿Bajo qué pretexto enviar un agente á Orcimont? ¿Con qué disfraz? Á las dos horas sería descubierto y puesto fuera de acción. Esa mujer ve allí á lo lejos y nosotros no la vemos más que imperfectamente. Los campesinos son desconfiados y Guepin es dueño de ellos. Nos costará, pues, mucho trabajo poner en claro la intriga, pero lo lograremos, sin embargo. Desde el primer momento salta á la vista un hecho; el interés de la camarilla de Lefrançois en acusar al cura para sacrificarle á la memoria del alcalde. Es una especie de holocausto político y social que se prepara, reforzado por las maniobras radicales y librepensadoras. Por consecuencia ocultarán todo lo que pueda denunciar á la viuda. Los artículos de los periódicos han sido inspirados por esa camarilla que no ha admitido ni por un instante la idea de que la señora de Lefrançois sea autora del

crimen, y si han reconocido que le había, es por que querían atribuírselo al cura. De otro modo la muerte del alcalde se hubiera atribuido á un accidente casual. Es sabido que las tres cuartas partes de los crímenes que se cometen en el campo quedan impunes. Me apresuro á añadir que en cuanto hemos hecho las primeras averiguaciones sobre esa señora hemos adquirido la prueba de que su conducta, tan correcta en apariencia, ha sido siempre ligera, y de que Lefrançois era de los maridos más infortunados. Después de numerosas aventuras, la hermosa Florencia era la querida de un joven de los alrededores, un tal Bernardo Letourneur, y — circunstancia extraña — este sujeto es amigo de la infancia del cura de Favieres, y además vive en la posesión de la Varenne á dos leguas de Orcimont, donde se ha ido á vivir la viuda. Ya comprendes la importancia de estos detalles y que en esas relaciones de la señora de Lefrançois con Bernardo hay que buscar la clave del enigma. Antes de decirte esto he querido obtener el suplemento de prueba que me ofrece el silencio obstinado del cura. De ese silencio resulta evidente para mí que el culpable es su amigo. Sabe que disculpándose le pierde y mejor que arriesgar una palabra imprudente, se calla. Si se tratase de un indiferente, hablaría, protestaría. Permanece con la boca cerrada porque

quiere salvar á su amigo. Por eso te he dicho que el cura era inocente.

— ¿Entonces por qué se pone preso á ese desgraciado?

— ¡ Para salvarle y salvarnos ! Si le hubiéramos dejado libre, hubiera corrido un peligro de muerte y nosotros pasaríamos por obedecer á la influencia clerical. En este asunto no tienes nada que temer por el cura ni por ti mismo. Dentro de unos días estaremos probablemente al corriente de lo sucedido y la inocencia del padre Daniel brillará entonces en todo su esplendor. ¡ Qué triunfo ! ¡ Un mártir que sale de la cárcel y vuelve á su parroquia al son de campanas ! ¡ La religión será dueña de ese distrito por veinte años ! ¡ Quéjate ahora y atrévete á negar que no hay mal que por bien no venga !

El obispo dilató su grave semblante y dijo amenazando con el dedo á su interlocutor :

— Voy á abusar de tus confianzas y á ordenar que hagan rogativas en toda la diócesis para que su reconozca la inocencia del cura de Favieres.

— ¡ Me parece bien ! ¡ Esa es buena guerra ! Prepara tu decorado para el día del triunfo y cuenta con la intervención divina, puesto que sabes que el milagro no puede faltar. Yo seré el primero en glorificar al cielo. En el fondo estoy con vosotros. Esos librepensadores me fastidian enormemente.

— ¿Me avisarás si ocurre algo nuevo?

— Sin duda. No iré á verte, porque me comprometería sin necesidad, pero te escribiré dos letras.

— Gracias.

— Hasta la vista, pues, dijo el magistrado. Pido á vuestra Ilustrísima toda su indulgencia.

— Y yo, señor fiscal, dijo el prelado, reclamo la protección de Vucencia.

Los dos amigos se apretaron la mano y atravesando la antesala, en la que los ujieres se levantaron con respeto, bajaron la monumental escalera, al pie de la cual el magistrado despidió ceremoniosamente al obispo. Dentro del coche esperaba el joven secretario, que atrajo hacia sí vivamente al prelado tanto para ayudarle á subir, como para tener noticias más pronto.

— Y bien, dijo, ¿está vuestra Ilustrísima satisfecho de la entrevista?

— Mi querido Ricardo, creo que, con la ayuda de Dios, la religión saldrá intacta, y acaso favorecida, de esta prueba... Hay que ordenar rogativas públicas en la catedral...

— ¿En la catedral? exclamó el sacerdote frótándose alegremente las manos. Entonces vuestra Ilustrísima está seguro del asunto. ¡*Gloria tibi, Dómine!*

El obispo no respondió y se contentó con sonreír.

## XIII

Hacia dos días que la viuda de Lefrançois, más bonita que nunca, pues el luto le sentaba á las mil maravillas, se había encerrado en su posesión de Orcimont, cuando un anochecer, á eso de las siete, Guepín entró en la casa con aire misterioso, y dijo :

— Florencia, en la estufa hay una persona que desea /ablarte...

La joven se estremeció; hacía una semana temblaba siempre que se le anunciaba un visitante.

— ¿Es alguien que yo conozca? preguntó :

— Sí, es el señor Letourneur.

La alarma de Florencia desapareció, sus ojos se turbaron y su boca tembló. Sin embargo, preguntó con voz segura :

— ¿Cómo ha entrado?